

Iritzia

Behatokia

POR Izaskun Bilbao Barandica



Fusibles para la ciudad de la luz

Los atentados de París, al igual que otras barbaridades, no son un problema de religiones sino una expresión de fanatismo. Por eso nos disparan. La capital francesa es el símbolo de lo que queremos ser

La tragedia que vivimos el viernes en las calles de París necesita en primer lugar toda le empatía con las víctimas, con sus familiares y con quienes más de cerca han vivido ese terrible crimen. Pero además requiere que, definitivamente, tomemos conciencia de los orígenes del riesgo que corremos y la inteligencia y los principios que vamos a tener que utilizar, unidos, para desactivarlo. Estamos ante una amenaza global, porque desgraciadamente estas barbaridades pueden ocurrir en cualquier sitio. De hecho ocurren. Millones de musulmanes viven desde Siria —con el Estado Islámico— a Nigeria —con Boko Haram— bajo la misma amenaza. No es, pues, este un problema de religiones. Es una expresión de fanatismo. Europa ha sido durante siglos testigo de atrocidades santificadas en nombre de una religión. Conviene no olvidarlo porque superarlo nos hizo mejores y nos enseñó que comprender al otro como igual, asumir que es un ser humano, por muy distinto que sea a nosotros es la clave de la con-

vivencia y el principio de la verdadera democracia. Europa progresó de verdad cuando asumió esta realidad. Es la base de la Democracia, de la paz, del modelo social. Lo mejor que tenemos. Vale la pena conservarlo. Y debería vacunarnos contra populistas y charlatanes. Atraídos por esa forma de entender la vida llegan a Europa cada día miles de personas. Huyen de tragedias como la de ayer. Huyen porque en sus calles, en sus mercados, en sus ciudades esa es una violencia cotidiana, omnipresente, asfixiante, opresiva. Solo que no produce especiales en nuestros telediaros.

Por eso al reto que nos plantea este tipo de terrorismo debemos ofrecerle una respuesta racional, democrática e inteligente. Nos enfrentamos a personas que creen que nada tiene que perder, que matan muriendo, más cruel voluntario y proactivo que morir matando. Por eso la prevención, la información, la investigación y, en definitiva, la inteligencia es la única solución para articular una respuesta que más que nunca necesita anticipación. Cuando hablan las armas automáticas y los explosivos de este tipo de comandos es ya demasiado tarde. Nos disparan a todos, matan a centenares, y se llevan a los verdugos. Nuestra justicia punitiva terrenal no coarta en absoluto a los fanáticos que salieron ayer de casa pensando en sus citas con el más allá.

Por eso necesitamos identificar y rescatar a quienes están en riesgo de fanatizarse antes de que se inicien en ese camino o detener a quienes regresen de algún campo de entrenamiento antes de que reciban su kalashnikov y la supuesta llamada del profeta. El éxito en tan compleja tarea requiere una actuación multidisciplinar, la implicación de todos y un nivel de coordinación y cooperación mucho más intenso, leal y abierto que el que caracteriza hoy el funcionamiento de las inteligencias nacionales. Porque estos terroristas viven, organizan su logística, se coordinan, se entrenan y preparan sus actos en un amplísimo territorio. Tan importante es que los datos que se obtengan en Siria se ponderen en los análisis más sofisticados como qué sus derivadas operativas se compartan con quienes a pie de tierra pueden interpretar mejor con ellos los movimientos que perciben en las pequeñas comunidades. Porque es allí, a ras de suelo, a nivel local, donde hacían su vida los asesinos de París. El cambio es radical. Porque el reto lo es. Y no sobra para afrontarlo ninguno de los recursos que ponen los ciudadanos a dis-

posición de las instituciones para trabajar por la seguridad de todos. Es imprescindible además una actuación unificada en las zonas en que nace este conflicto y se forma y adoctrina a estas personas y en los laboratorios que producen los corrosivos materiales que fascinan a miles de jóvenes en toda Europa. Prevenir esa fanatización es tarea de todos, en

casa, en las escuelas, en el ciberespacio, en los estereotipos que transmitimos y en los principios con que nos relacionamos con la comunidad internacional. Los presuntos soldados de Alá del ejército islámico no hacen sino el trabajo sucio de personas con intereses mucho más terrenales. Son dictadores, reyezuelos que necesitan súbditos porque ningún ciudadano admitiría sus esquemas de dominación social, política y económica. Eso requiere unanimidad y un tipo de mano dura mucho más exigente con algunos fuertes que la que se utiliza contra los más débiles, contra los que no nos pueden amenazar más que con la desesperación que produce su miseria.

Por eso estos días me acuesto pensando en París, en su gente, sus postales, su cara y su cruz. El lugar al que siempre tengo ganas de volver. Imaginé y lamenté cada tragedia. La del padre y la madre que se dedicaban una tarde, que fueron a bailar y a besarse con menos inocencia que cuando los niños merodean en el sofá; el arquitecto que no volverá el lunes al estudio; el camarero que quería seguir enviando remesas de euros a Mali; la abogada que prescindió de la adusta seriedad de la toga y trataba de recuperar el tiempo perdido para su vida personal; el bombero, el chofer, la taxista, el rapero, esos tres jovencitos que se asomaban al mundo. Vidas, esperanza, pasado, presente y futuro conviviendo sobre Montmartre, Le Quartier Latin, Le Pont des Arts sobrecargado de promesas de amor eterno, los cafés y restaurantes del 11 y 12 arrondissements. París, mosaico de convivencia, símbolo de asilo, plural, cosmopolita, abierto, bohemio, moderno, chic, elegante, contracultural, vivo, diverso, abierto, el símbolo de lo que queremos ser.

Los presuntos soldados de Alá del ejército islámico no hacen sino el trabajo sucio de personas con intereses mucho más terrenales; son dictadores, reyezuelos que necesitan súbditos

Quiero compartir una convicción: la libertad que vence fanatismos, la igualdad que abate tiranías, la fraternidad que supera odios son los fusibles que mantendrán encendida la ciudad de la luz

Entonces entendí que con cada asesinato que cometían ayer disparaban al cuerpo y al alma de todo eso. Porque es una formidable y atractiva alternativa contra el triste fanatismo que predica toda la munición. El viernes me dormí esperando que lo vivido de madrugada fuese un mal sueño. Al despertarme quise compartir con mis seguidores en twitter una convicción: La libertad que vence fanatismos, la igualdad que abate tiranías, la fraternidad que supera odios son los fusibles que mantendrán encendida la ciudad de la luz. Es lo que quieren asesinar.

* Vicepresidenta del Grupo ALDE y eurodiputada de EAJ/PNV